

ÉPICA DE UN MAR ASTRAL



Candelario Reyes Garcia

ÉPICA DE UN MAR ASTRAL



Candelario Reyes García

DEDICATORIA

A la juventud dirijo estos versos libres, cuya esencia es el sencillo trazo del perfil de un héroe, Omar Efraín Torrijos Herrera.

La vida me concedió el privilegio de servir como embajador en su patria, un honor que llevo con orgullo, especialmente porque Panamá fue anfitriona de nuestro prócer José Francisco Morazán Quezada.

Desde la humilde pero permanente entrega de mi oficio de maestro rural, les dejo esta lectura como reconocimiento al hijo insigne de este bello país.

Son versos que aspiran, más que a la belleza literaria, a la tarea noble de aprendizaje docente en su faena persistente de compartir; en este caso, pretendo extender mi abrazo a la juventud latinoamericana, presentándoles este ciudadano baluarte de la patria grande bolivariana.

I

Es la hora prima del miércoles,
trece de febrero de 1929,
una más una menos, en la sucesión
de cuando ya se creía extinguido todo rastro originario.

En Santiago de Veraguas hay un brote de suelo,
terracota y mar, una conjunción de la cognición planetaria:
Omar Efraín Torrijos Herrera dice: ¡Buenos días, vida!

El universo lo instaló en un cuarto de paredes desnudas
y el día se tornó un campo gravitatorio cuyo centro
era el silencio austero y la modestia tácita
rota por el llanto de su primer espaviento gritado
en preludio de beligerancia y carácter.

En el cuarzo del cielo, el amanecer
abriga el vuelo de águilas harpía
denotando el horizonte,
el vientre de la madre
y la consagración del amor
entregan un anhelo.

II

En la gran urbe de la bolsa, ese año 29,
el mundo está cercano de hacer ¡crack!,
como polvareda de un destino ya trazado;
como un trueno que no se apaga
caminará entre nosotros:
lección escrita en fuego
y furor para los siglos que vienen.

Pero todo es dual,
en Panamá de la abundancia
de pueblo, mariposas redimiendo el cielo
de una clorofila que teje libertades,
cardúmenes de peces moviendo mares,
ya ha nacido el niño que hará ¡crack!
al enclave de la urbe y restaurará sin reserva
el sitio de Ancón
para que la voz de Amelia Denis de Icaza
flamee en el vuelo de la bandera bicolor;
será un miércoles 7 de septiembre de 1977,
día propicio, le veremos rubricarla:
Omar Torrijos abrirá alamedas
al multilateralismo con decencia.

III

Todo inicia hoy, 13 de febrero,
cuando del árbol del Yaxché Maya,
Venus, Luna y Sol
cuelgan como frutos sagrados de apariencias comunes:

el día es presagio de una vida
llamada a navegar entre los silencios
y miradas a fondo del interior
de los destinos colectivos.

Su conciencia proviene de una raíz telúrica
que saluda no desde las alturas, sino desde su interior,
porque ha venido a quedarse como alma
y medida de la mirada certera de Urracá.

Llega a la pobreza de casa humilde,
lo acoge un modesto cuarto en Veraguas
para que habite una sabiduría forzada por la urgencia
del contacto anticipado con la desigualdad,
donde la fraternidad tiene el rostro del labriego,
de artesano, de domesticidad frágil
que comparten hambre y pan;
cuando hay pan no sólo hambre.

La decencia familiar irradiaba energía serena
con el rasgo exiguo de sobras en carencias
donde se amasa el saber de la concordia ciudadana
en la austeridad de la espera.

De ese núcleo brota
y beberá siempre una confianza suprema:
es Panamá profunda y una alerta instintiva,
luz y fuego
por debajo de las élites distantes ocupadas en lo suyo.

La Panamá que calla, no sabe aún de esa esperanza
que ha nacido en Veraguas y que tiene color mestizo;

que mira y late al compás de un himno cuya tinta mana
de los manantiales y los mares, perlas y amaneceres
que inspiraron a Jerónimo de la Ossa su canto esencial.

Santiago, concurrencia de caminos y silencios espesos
donde el tiempo no lo marca el reloj de las esclusas,
sino el paso lento del sol sobre una tierra,
la yerba, el barro y las resignaciones,
retadores entremezclados con rebeldía.

El Estado es una huella leve, una sospecha lejana.

La gente sobrevive con el solo permiso de la respiración
en un paisaje donde la atmósfera es fusión de espejos
de irreversible azogue en las trampas del delirio:

La nación no flamea desde los balcones, sino desde las carencias,
desde la huella del pie descalzo en el suelo árido y el labio sediento.

Esa caliza, Omar la aprenderá de memoria, incómoda:

El barro de Veraguas florecería para siempre
en la materia prima de su imaginario político
desde el fatigoso designio en una niñez anónima.

Llega a una nación partida en dos,
aunque el cuarto de recibimiento
tenga cuatro paredes desnudas noche y día,
desnudas, la luz es luz y el nacimiento la obertura
en una república adolescente cargando una herida
geográfica y simbólica: la Zona del Canal,
la cicatriz bajo control extranjero que segrega
leyes, lengua, fe y poder en una matemática abusiva.

Al norte y al sur de esa herida,

una soberanía fantasmal.

Las decisiones cruciales se toman en Washington.

Ingresaba así a un pacto nacional de derrota.

El cuarto de pobreza es un velero sin mar
donde es acogido el recién nacido
en la desnudez de una Panamá recóndita
que Bolívar anunciara como puerta de los mundos.

Su desafío vital orbitaría desde entonces
en torno a esa fractura: reparar la usurpación,
sanar el cuerpo partido de la patria,
desde el instante que lo acogen el arrullo
del calor familiar y el cariño de la leche materna.

IV

La constelación se expandía.
El Caribe del 1929 era un mar terciado,
patio trasero vigilado, lago privado,
una charca asediada.
Haití, Cuba, las repúblicas bananeras:
todas orbitando forzosamente
alrededor del gran arsenal y la picota.

De este vértice absorbería la conciencia aguda
de la dependencia humillante
y de la resistencia subterránea;
ese fuego lento bajo la ceniza de la sumisión.

El horizonte abarcaba toda una América Latina
a la hora del desencanto:

El crack del 29 desnudaba economías quebradizas,
latifundios vergonzantes y democracias de vidrio ajeno.

En el continente de la tierra herida,
del paisaje brotaban caudillos reformistas,
militares con discurso deletreado con dificultad.
Hombres que creían que el cambio requería botas.

Los que se sentían nativos, no mandaderos,
también se aproximaron abrazando el barro de su pueblo.
Omar sería un vástago de esa generación
lacerada y fija, las más con alfileres dorados
a la felpa de una explanada impía.

En aquel cuarto de Veraguas su primer llanto se confundió
con el gran crujido del mundo.

El año del colapso, de la Gran Depresión
que hundía precios y esperanzas, monedas y cloacas,
Europa coqueteaba con los fascismos.

La lección para la periferia era brutal:

Cuando el centro estornuda,
la periferia muere de pulmonía.

En el surtidor el sistema apocalíptico temblaba,
cuando Omar nacía;

en ese parteaguas histórico comenzaba su vida,
al salir del vientre ingresaba a la desnudez
de un universo concéntrico de desafíos:
la modestia en la pobreza, el olvido interior,

la soberanía mutilada, la dependencia caribeña,
La tierra injusta, el orden en ruinas.

Cada círculo era una órbita de fuerza
que gravita sobre él.
su vida sería la historia de cómo un hombre:
nacido en el punto más humilde de esa constelación,
forjará su voluntad de hierro
y un instinto popular profundo,
alterar la trayectoria de todos esos mundos,
dignificando la profecía de Bolívar
y el rostro del pueblo panameño.

Su destino estaba escrito en las estrellas de 1929.
Él tendrá que aprender a leerlo
y después, reescribirlo y rubricarlo definitivamente.

V

Contrasta, es bienvenido a la estima,
ya en el espejo de la juventud,
ingresa a la Escuela Normal
y se dice:

Aquí estoy,
ante la piedra que piensa,
ante el dintel, que es pregunta.

Ingreso a una estrella hecha edificio,
una galaxia en órbita
alrededor del pueblo.

La Escuela Normal:
brújula del espíritu panameño
Labrado por manos prodigiosas
y concebida por Juan Demóstenes Arocmena:
Sus arcos, sus patios,
son la casa del saber,
templo donde crece la luz
y el país se reimagina.

Leones custodian su puerta.
Urracá en el centro alza
la raíz y el camino
de la dignidad imponente del más altivo panameño.

Es barroco sideral,
constelación de memoria,
cántico de piedra en vigilia.

Es pulso, la respiración profunda
de Panamá.

Mientras siga en pie,
será templo,
galaxia,
casa del porvenir,
es destino en equilibrio.
Samuel Lewis elevó geometrías
sobre sueños de tierra firme.

Las columnas me enseñan
que la rectitud es un pacto con el cielo.
Y en la plaza, Urracá,
su bronce es memoria, es mirada.
su silencio me nombra heredero

de aquel fuego que prefirió el abismo
a la rodilla.

Algo en mi barro se reconoce.

Se yergue.

Soy el niño que mira,
el campesino que espera,
el mapa por descifrar.

Entro.

No yo: nosotros.

Llevo conmigo el germen
y la deuda.

Aquí comienza lo que no tiene nombre.

El alba nace así:

silenciosa,
irrevocable.

Aquí estoy.

La piedra tiene una voz.

Urracá tiene un fuego.

La patria un reclamo de grandeza
con la forma exacta de este instante.

Y al cruzar,

mi espíritu encuentra su eje:

sé que servir

es continuar

la línea recta

de la dignidad de Urracá.

VI

Años después, sabrá
fraternizar esa esencial presencia.

En la siguiente escala
no fue dejar Santiago:
fue desclavarse del patio íntimo.
no fue entrar a una academia,
sino hundirse en la geometría férrea
donde la patria se vuelve diagrama y voluntad.
Ingresa a la academia militar.

Su uniforme fue la piel disciplinada del terruño.
Bajo el verde olivo latía el silencio de los caminos
con huellas de ancestros invisibles,
la brújula moral que señalaba siempre
hacia el centro gravitatorio del deber.
Para él, el cuartel no era recinto separado:
era el pueblo mismo aprendiendo a marchar
en una sola fila contra el olvido.
Su impulso nacía de las ausencias.

Del Panamá profundo que el Estado veía de lejos,
como paisaje que no entra en los planos.
Las armas no fueron elección, fueron respuesta:
la única gramática posible para escribir
sobre un papel ya rayado por manos ajenas.
Fue su manera de servir sin pergaminos,
de nombrar la patria desde la raíz del barro,
no desde el mármol importado.

Al ingresar en la Guardia Nacional,
cargaba consigo la paradoja íntima:
se forjaba como soldado de una nación
que aún dormía bajo cerradura con llaves prestadas.

Aprendió la obediencia para después mandar,
y el mandato sería, siempre, devolverle al pueblo
la soberanía que las aulas castrenses
le enseñaron primero a extrañar.

Así, entre salvas y silencios,
empezó a nacer el estrategia que un día
mediría su fuerza no contra un enemigo,
sino contra el vértigo vacío
de una bandera sin dueño completo.

VII

Panamá poseía uniformes e himnos,
mientras su columna vertebral de agua
persistía bajo bandera intrusa
y ser soldado era ambivalente:
fatiga fiadora de un orden interno frágil,
guardapolvo de un exterior aplastante
y enclavado como espina dorsal espuria.

Ser uniformado era solo aprender táctica
dentro de un dilema existencial
¿Qué significa ser soldado de una nación intervenida?

¿Cómo construir una autoridad
que no fuera sierva del extranjero,
ni déspota del propio pueblo?

Su conciencia se forjaría en este yunque
de hierro retorcido.

El crisol se endureció
en la Escuela Militar de El Salvador,
un microcosmos vibrante
del Caribe y Centroamérica intervenidos:
Cruce donde convivían la doctrina impuesta,
el fantasma de las dictaduras,
el murmullo de las insurgencias
y los sueños truncados de soberanía.

Aprendió a obedecer la jerarquía,
crucialmente,
a observar y filtrar lecturas.
Vio oficiales que se convertían
en mayordomos de intereses foráneos
y otros que susurraban sobre famas y fortunas;
igual, encontró abrazos de un proyecto nacional popular.

Halló miradas de convicción,
uniforme podía ser, también, un sitio para pensar,
la piel de la selva nativa al interior del alma.

Pudo ver que Latinoamérica era un teatro
donde el militar se fundaba en actor político forzoso,
árbitro último entre el caos y el orden,
entre la oligarquía y el pueblo.

VIII

Era el tiempo de los golpes,
de los nacionalismos reformistas,
de las promesas y de la represión.
Tiempos de caos.

La pregunta latía en el aire de cada cuartel:
¿El ejército sirve al pueblo o lo somete?

Caló en estas tensiones,
su incipiente nacionalismo
no era un sentimiento abstracto
sino una toma de posición concreta:
elegiría el lado de la soberanía y la justicia social,
aun navegando contra la corriente de los manuales.

Bajo la sombra imponente de la Guerra Fría
el mundo bipolar convertía a los ejércitos del Sur
en peones de un tablero con dueños,
-filibusteros del peaje, gánster de la diplomacia-,
en guardianes ideológicos al servicio
de una hegemonía viciada.

La doctrina de seguridad nacional
buscaba vaciar de contenido patriótico
a las fuerzas armadas. Ese era el Sur
marcado por un norte apocalíptico.

La rebeldía intelectual germinaba en Torrijos:
imaginar un ejército que,
en vez de custodiar ideologías importadas,
defendiera el territorio tangible,
la dignidad concreta
y el destino no alineado de su pueblo.

Su desobediencia luminosa
lo lleva de la provincia a ingresar al universo,
será un oficial forjando, capa a capa,
la conciencia histórica
que un día enderezará el eje torcido de la patria.

IX

El 11 de octubre de 1968
fue la colisión de un hombre
—y su constelación de fuerzas invisibles—
contra el cigüeñal detenido
de una república fatigada.

Era el joven cadete
el hijo del interior,
el que cargaba en la espalda
la memoria callada de la escasez,
el silencio del trabajo sin nombre,
la probidad que no se remata
ni se firma en actas.

El teatro de apellidos circulares,
los pactos sellados en salones sin pueblo,
una legalidad que blindaba privilegios
como si fueran virtudes,
había incubado su peste.

El Estado traicionó su razón primera:
no protegió al que madruga
a quebrarse el espinazo,
no escuchó al que alquila un cuartocho
para vivir una soberanía en cuotas.

Esa patria
no integraba al que habitaba el barro,
ni al que conocía la carencia
como única geografía.

El golpe fue, en su conciencia,
la forma viva de una respuesta,
la erupción de una humillación
acumulada por generaciones.

No fue asalto al poder.
Fue abrir la tierra sellada
de una ética sepultada.

Tomó la voz de la Panamá subterránea:
escuelas sin recursos,
nombres sin registro,
infancias sin bandera.

Se impuso al discurso hueco
de la capital que orbitaba la moneda,
el Canal,

y el bizcocho rancio
del patriotismo de vitrina.

Rompió el gran silencio,
esa águila paciente
que aguardaba su hora.

X

El 11 de octubre fue el ajuste de cuentas
de una nación que nunca fue una.
No estalló en las avenidas;
brotó de la certeza telúrica
de que el país era un cuerpo
administrado desde fuera,
gobernado desde una cúpula ajena a su suelo.

La república, con su soberanía mutilada
y su herida canalera aún supurante
sufría un agotamiento crónico;
pintaban el cuadro de una democracia que,
existiendo en las urnas,
había fracasado en lo esencial:
Sanar la fractura de la patria.

El golpe fue la terrenal reconfiguración
audaz y propia del Estado panameño
en la columna dorsal de soberanía tangible
en el centro absoluto de la vida política.

Este acto movió más al Caribe convulso,
un mar de dictaduras férreas,
revoluciones amenazadas
y tuteladas imperiales descaradas.

Cuba había roto el molde;
República Dominicana había sido invadida.
Haití gemía bajo los Duvalier.
En esa ambigüedad caribeña se escucha decir:

«Torrijos»
su decisión de navegar la estrecha cornisa
entre el desafío al imperio
y la construcción de un orden interno
con raíces populares.

En el panorama latinoamericano
se bifurcaban dos destinos:
el militar como sirviente del capital transnacional,
y el forjador de soberanía.

Torrijos, leyendo ese horizonte, eligió su camino,
no ser el mero administrador de un orden injusto,
con narrativa propia
tejida con los hilos del civismo
y la justicia social,
sabiendo que el planeta entero
parecía rebelarse contra sus propios ejes.
París, Praga, Chicago, Vietnam:
cada rincón del globo
vivía su terremoto de desobediencia.

XI

Era el año del grito colectivo
contra los órdenes heredados,
las jerarquías rígidas y las verdades impuestas.

Torrijos dignificaba la gesta de estudiantes masacrados
en la Zona del Canal el 9 de enero de 1964,
no fue un anacronismo autoritario,
cumple el deber con el pequeño istmo de herida abierta.

El desafío ya no sería obedecer o mandar
dentro de un sistema,
sino transformar el sistema mismo:
tomar el timón de un barco fracturado
y navegarlo contra vientos, mareas
y potencias colosales,
hacia el puerto esquivo
de una soberanía indudable.

Antes del 11 de octubre
la historia continental ya venía sangrando.

En Tlatelolco,
1968 abrió la noche:
una plaza llena de jóvenes
fue convertida en fosa,

y el Estado aprendió
a disparar contra su propio reflejo.

Allí quedó claro
que el orden podía sostenerse
sobre cuerpos desarmados,
que la legalidad,
cuando se siente amenazada,
se quita la máscara
y empuña el fusil.

Ese eco cruzó fronteras.
Nada de lo que vino después
nació en silencio.

XII

Cuando Panamá convoca su palabra
en 1972, el continente tiembla.

La Asamblea no nace en vacío:
es hija de un golpe
y de una promesa.

¿Busca legitimarse
mientras el mundo arde?

Se desmontó el caparazón de mármol.
En su lugar, se convocó a la ciudadanía

cuyo reloj era el curso del sol
con diplomas sacados del surco en la tierra
y de la faena doméstica.

.

Trajeron consigo
la memoria húmeda de los caminos,
el peso justo de la espera,
la geografía íntima de la patria.

Los juicios ajenos erraron,
pues veían una bota,
una bayoneta,
un dictador.

Se verá luego, cuando las aguas ya están calmas,
a Torrijos convocar:
no a hablar, sino a respirar
la densa verdad del suelo
e inspirar las raíces nuevas del árbol de Anacahuite.

Lo que entró por el pórtico
no fue discurso.
Fue la nación concreta,
con sus manos útiles
y su voz anterior a todas las leyes.

No fue reforma.
Fue una rotación del mundo:
el centro pasó a ser parte del todo;
el último fue escuchado primero.

La soberanía dejó de ser un sustantivo.
Se volvió verbo compartido:

calor de fogata comunal
donde cada leña encendida
guarda la luz de un lugar distinto.

Y así, la conciencia
—antes pregunta remota—
se volvió método,
geometría perfecta:
el círculo que se cierra
cuando la tierra, por fin,
habla con boca de suelo patrio.

El Estado se reescribe
con mano que se estrecha con la cotidianidad:
el Ejecutivo se ensancha,
el poder se concentra,
la soberanía se proclama
mientras se disciplinan las aguas.

El del vínculo del mando,
Torrijos, convoca:

La Asamblea de los corregimientos
es una criatura de nuevos tiempos:
mezcla de emancipación y control,
de impulso constituyente
y tutela popular.

Ese mismo año,
Chile está herido.

Allende convoca al pueblo
anuncia las grandes alamedas de la justicia,
y el proyecto de Unidad Popular
es triturado bajo orugas
y bombardeos al palacio.

La historia dicta su advertencia:
los caminos hacia la soberanía
no están garantizados.
Se pagan.

Panamá observa.
Aprende.
Endurece la piel.

XIII

La Constituyente lleva esa alma:
no la pureza del sueño,
sino la conciencia del riesgo.

No la democracia plena,
sino su posibilidad cercada.

Entre Tlatelolco y Santiago,
entre la plaza masacrada
y el palacio incendiado,
el istmo escribe su carta magna

como quien navega
entre arrecifes y cañones.

No para celebrar el poder,
sino para anclarlo.
No para disolver la fuerza,
sino para domesticarla
al servicio de una soberanía
que sutil, inventa nacer.

En su ascenso ocupó,
el centro exacto de una tormenta histórica.

Su consolidación fue el instante
en que la constelación de fuerzas que lo empujaba
el hogar austero, el interior olvidado,
la patria mutilada
halló en él su punto de irradiación definitivo.

La libertad dejó de ser meditación,
se volvió el oxígeno mismo de su desafío.

En la soledad del mando,
la memoria familiar fue su único contrapeso íntimo.
Rodeado de hombres armados
y del silencio elocuente del poder,
no se transformó en déspota de palacio.
Como hermano en busca de conocimientos
y pueblo a la vez,
se rodeo de mentalidades preclaras.

Torrijos no confía en la fuerza de las armas,
no es lo más vital, lo sabe,
él busca articular un proyecto
donde otros solo veían caos.

Él busca rehacer el Estado desde sus cimientos,
legitimar un poder que no podía esperar a las urnas
y, la tarea magna, redefinir la soberanía
frente al ladino filibustero del Norte.

Busca la fuerza intelectual para sostener en pie
el cuerpo fracturado de la patria,
se fortalece en el pensamiento continental:
La forja que dejaron Bolívar, Morazán,
Martí, Rubén Darío y Benito Juárez.

Convocar al pueblo,
plantar la raíz
es la precisión del grafito
y la fotosíntesis del árbol de la soberanía.

XIV

En su núcleo persistía el niño de Veraguas,
educado en la austeridad como segunda piel
como origen que imprimió a su liderazgo
una cualidad poderosa:
La autoridad de la concordancia fraternal.

Rehuía los títulos, desconfiaba del boato,

rechazaba la presidencia ceremonial.
El verdadero poder lo llevaba
en autoridad moral ganada en los caminos.

El mando no era propiedad ni feudo,
sino encargo sagrado y temporal.
Gobernaba con la conciencia de que el poder,
si no servía al pueblo,
es traición a la patria y a su propia raíz.

Cultivó la revolución de la geografía nacional,
del interior olvidado y los silencios largos.
Ocupado por el corazón del Estado
no llegaba con el lenguaje pulido de los tecnócratas,
era su registro la voz del campesino,
con una elocuencia ruda y terrenal
aprendida en las escuelas rurales
y los comedores populares.

El país se reconoce en Omar:
en su andar despojado,
en su hablar sin filtros,
en su desconfianza instintiva
hacia las élites capitalinas
que habían administrado la nación
como finca privada de un dueño con buen monedero.

Panamá flotaba antes en un vacío político profundo,
el golpe había derribado el viejo orden,
pero no había instaurado uno nuevo.

Existía una presidencia fantasma,
partidos desarticulados
y una Guardia Nacional que era,
de facto, el único poder coherente.

El Caribe es un mar cautivo
de bases militares, gobiernos tutelados
y economías encadenadas.

Todo líder que se erguía navegaba
entre el abismo de la intervención
y el riesgo de la implosión interna.

Torrijos comprendió que el arte del mando en el Caribe
exigía dualidad de genio:
hablar el idioma de los humildes
y ser ineludible al mirar a los ojos
de los embajadores de Washington sin parpadear.

Su liderazgo se consolidó en ese equilibrio precario
en la capacidad de compartir una taza de café
en una choza de Guararé
y, al día siguiente, plantarse con sonrisa desafiante
frente a los estrategias de Washington.

Sabía que la verdadera soberanía se jugaba
tanto en las calles de Santiago
como en los salones de la OEA,
donde, aunque haya consenso,
por encima hay un patrón.

XV

En Washington hay un catálogo:
Velasco Alvarado en Perú, Torrijos en Panamá,
en el ojo de la mira:
No pueden volverse otro Fidel.

No les importa qué continente buscaba,
se burlaban de una tercera vía
la oligarquía liberal saqueadora
y la burocracia con maletines de despecho
que veían la revolución socialista en todo.

Torrijos se inscribió en corriente,
de Estados no alineados
pero con sello indeleble:
su proyecto no se alimentaba
de grandeza nacional abstracta,
él busca para Panamá la reparación concreta
de una humillación histórica.

Todo —reformas, discurso, construcción de caminos—
y un objetivo sagrado:
Recuperar El Canal.

El cielo se bifurca de Guerra Fría,
el mundo exigía definiciones brutales.
Torrijos respondió con posición incómoda y magistral:
El no alineamiento activo.

Su ascenso sin presidencia formal fue,
en sí mismo, gesto político de alto calado.

La Asamblea de la Nación lo inspira:
Una noche,
cuando el silencio pesa más que la historia,
se ve en sueños.
No es el hombre de la fatiga y el decreto,
no es la sombra del poder,
es solo él, se sueña
el muchacho de cuadernos sedientos de tinta
que respira claridades y saberes
en la insigne Escuela Normal de Santiago.

La luna cae oblicua
sobre el patio húmedo,
y de pronto
el pedestal de piedra tiembla.

Urracá —
el guerrero de todos los tiempos —
desciende de su altura detenida
y se vuelve carne,
se vuelve energía,
se vuelve paso firme acompañándolo.

El muchacho tiembla,
pero Urracá no viene a probar su valentía,
viene a instruirle el alma:

*“Así defendí la tierra,
así sostuve el fuego,
así enfrenté al invasor:*

*con oído a la montaña,
con ojo al viento,
con corazón sin dueño.”*

Y luego lo aconseja,
como quien entrega una herencia
que no cabe en ningún libro:

*“Vuela alto
como el Águila Arpía.
Toma fuerza
de las aguas profundas,
como el anacahuite que bebe del mundo subterráneo.
Y con tus ramas,
junta todas las constelaciones,
haz de tu espíritu un puente entre cielos.”*

Entonces el guerrero toca el suelo
y abre con su dedo
una zanja luminosa:
un hilo de agua
que une océanos.

*“Mira bien,” dice.
“Como esta corriente enlaza mares,
así deberás unir voluntades.
Haz la diplomacia de la flor sagrada:
no conquistes,
convoca.
No obligues,
alumbra.
La fuerza verdadera
es la que florece sin violencia.”*

El joven ve más allá del sueño:
ve al mundo en círculo,
ve pueblos que antes se ignoraban
hablando bajo un mismo techo,
ve acuerdos sembrados
como semillas que por fin aceptan germinar.

Y entiende —
como un relámpago silencioso —
que la unión de las naciones
no es un acto solemne,
es un acto de agua:
corre si la dejan,
rompe muros si la encierran,
y siempre, siempre
encuentra su camino al mar.

La visión se disuelve
y vuelve la madrugada.

El jefe de Estado despierta
con la certeza
de que los sueños verdaderos
son avisos del futuro,
llamadas del espíritu:
una voz antigua vuelta presente
que dice sin decirlo

“Reúne.
Une.
Eleva.”

XVI

Y se le verá encumbrarse
como el más grande genio de la diplomacia
de un continente,
no desde arriba, porque él no deja de ser pueblo,
raíz, fruto y constelación del árbol sagrado
que representa la honra de los pueblos originarios.

Rechazó a jugar con moldes clásicos,
su liderazgo informal, flexible,
arraigado en legitimidad popular más que en protocolo,
le concedió la libertad prestigiosa del movimiento
en un mundo de bloques rígidos.

Negocia con todos,
sin someterse a nadie.
Posee el universo del árbol de Anacahuite
y del Águila Harpía en su desafío vital.
Se fundió con el destino de la patria.
No era presidente, era punto de convergencia.

En su persona se encontraban
el reclamo del interior,
la herida de la Zona del Canal,
la resistencia caribeña
y la búsqueda latinoamericana de legitimidad.

Su poder no era para dominar, sino para liberar.

y en ese cometido colosal, solo,
con la memoria familiar como brújula,
el peso de la historia sobre los hombros,
la compañía de intelectuales y revolucionarios en su fila,
comenzó a caminar la larga y tortuosa ruta
hacia la devolución de la tierra usurpada.

La libertad dejó de ser un concepto.
Es la respiración misma de su mandato.

Los años setenta fueron para él
el laboratorio de alquimia histórica,
el momento en que su biografía
y la del territorio doliente de la patria
se fundieron en las constelaciones del mundo oprimido,
convergió en un solo punto de irradiación:
la construcción, contra toda marea,
de un Estado popular.

El desafío vital trascendió lo personal
para fundirse con lo social,
con el destino colectivo de la América profunda.

En el centro de este vendaval reformador,
la memoria familiar operaba
desde las cuatro paredes del cuarto que lo recibió
en el íntimo momento de la niebla de su primer respiro,
su primer grito de llanto, su inicial protesta,
investido de autoridad casi absoluta, respirar.

Se le ve caminando con el pueblo, con la patria

no llevaba dentro la abundancia del déspota,
sino la escasez memoriosa del niño de Veraguas.

Gobernaba sin olvidar el hambre —
no la física, que conocía,
sino el hambre de decoro, de tierra,
de reconocimiento.

Reformaba no desde el frío cálculo de un escritorio,
afinaba el criterio desde el recuerdo ardiente:
El jornal corto, el camino sin escuela,
la ley que nunca amparaba al débil.

Su barrio de crianza seguía siendo su conciencia moral
la brújula íntima del encuentro imperativo
al privilegiar siempre el abrazo humano
sobre la cifra fría:
la parcela sobre el papel,
el aula sobre el presupuesto,
el sindicato sobre el decreto,
la cooperativa y la academia.

Es el compañero que desconfiaba de su propio poder
si este no olía a tierra mojada con sudor de decencia
y si las reformas no nacen de una verdad geográfica
largamente negada:
Panamá no es solo la capital y la zona del Canal,
es su interior olvidado,
vasto territorio de campesinos sin título,
de pueblos indígenas convertidos en fantasmas,
de escuelas con promesas rotas.

La firma en un documento lejano de ser cierto.

XVII

La reforma agraria fue mucho más
que redistribución de tierras;
fue reconocimiento político fundamental:
el campesino existía,
tenía un lugar en la nación
y un derecho sobre el suelo que trabajaba.

Llevar educación a las comarcas más remotas
fue alfabetización y llevar la luz del Estado
a donde solo había reinado
la oscuridad del abandono.

El Estado popular nació
cuando el interior dejó de pasar vergüenza para ser visto
y exigió, simplemente, ser.

La soberanía externa —la batalla por el Canal—
sería hueca sin una soberanía interna robusta,
con alma originaria, con forjadores de patria,
como la diáspora grata que abrió la zanja entre océanos
y las vertientes de la sangre en los genes de la nación.

No bastaba reclamar el territorio usurpado;
había que construir, la nación que lo recibiría.

XVIII

El Estado se erigió en mediador,
protector y planificador.
Intervino en la economía, reguló los abusos,
protegió al trabajador.

El poder militar, privado de legitimidad electoral,
buscó y encontró su validación
en el cemento de las escuelas,
en el trazado de los caminos,
en la organización de los sindicatos.

Este Estado popular no fue ideología rota,
sino necesidad histórica tallada a fuego:
una nación débil y dividida
Jamás negociaría de igual a igual con un imperio.

En la marejada de reformas sociales
el Caribe de ciñe en un acto de equilibrio sublime,
aunque siendo un mar vigilado
y el fantasma de la intervención ronda cada puerto.

Torrijos avanzó con la astucia del navegante
que conoce los arrecifes:
su proyecto fue reformista,
no revolucionario en el sentido estridente;
fue nacionalista y popular,
no abiertamente subversivo.

Sus transformaciones
de asuntos muy panameños,
con el oído pegado a la costa,
escuchando el rumor de las fragatas a lo lejos,
sabiendo que el espacio para la autonomía
es un estrecho sendero entre la sumisión y la pugna.

Los setenta eran la era del Estado desarrollista,
pero también del horror:
las dictaduras del Cono Sur.
El terrorismo de Estado y las desapariciones.

Panamá se mantuvo en una vía tercera,
singular y desafiante:
reformas profundas sin el baño de sangre,
autoridad sin exterminio.

Su Estado popular dialogó
con las corrientes progresistas del continente,
rechazó copiar modelos.
Su horizonte no era la revolución continental abstracta,
sino la dignificación concreta y palpable
de su propia gente.

Nacionalismo con rostro humano,
en la gran patria latinoamericana de los oprimidos,
arraigado en el barro istmeño
donde el rostro de la patria tiene variados semblantes.

De plomo estalla la crisis del petróleo en 1973,
el colapso del consenso del libre mercado

potencia global del Estado intervencionista
hicieron que las reformas
anticipatorias intuiciones patrióticas.

Panamá se insertó en esta corriente global
con un sello inconfundible:
el de un pequeño país que
mientras luchaba por redimir su tierra usurpada,
se atrevía aspirando desde sus cimientos,
por una sociedad más justa.

El desafío vital era, ahora, la patria entera,
la patria, por fin, comenzaba a tener
el rostro de su gente.

XIX

El 7 de septiembre de 1977,
en la sede de la Organización de Estados Americanos,
Omar Torrijos firma en el pétalo de una orquídea sagrada:
«Peristeria Elata»,
firma el vuelo del Águila Harpía,
rubrica la dignidad soberana.

Estampó, sobre el papel que devolvería la patria,
la firma colectiva de una constelación histórica completa.

No fue la victoria de un hombre,

es una órbita vital
de una provincia antes olvidada,
hoy firma suprema de una conciencia
y la redención de un pueblo,
la sanación de una herida que había sangrado
durante tres cuartos de siglo.

En ese momento de gravitación universal,
es ley moral interna,
el niño formado en la austeridad de Santiago de Veraguas
se ha trocado en estadista,
llega a esa mesa con la medida silenciosa de los suyos
desde la escasez aprendida,
el valor de la palabra justa,
el trabajo como único patrimonio.

La pluma tiene la certeza e indicación
del trazo de las MOLAS de la etnia Guna,
los sombreros pintados de Coclé,
las chaquiras y collares de cuentas Ngäbe-Buglé,
las tallas en madera de los Emberá y Wounaan,
las cestas y las figuras de tagua,
las perlas, las miradas, los peces
y las mariposas de la abundancia.

Firmar y romper la deuda ancestral
con la humildad de quien sabe
¿Qué es instrumento, no autor?

Su rúbrica de verdad
es la huella dactilar de todos los que nunca firmaron nada:

del campesino que vio el Canal como un muro,
del obrero que construyó una riqueza intangible,
del niño que creció bajo una bandera prestada.

No firmó como vencedor,
se declara delegado de los sin nombre
y cerró la brecha geográfica que había partido al país.

Se transformó, en el instante de la firma,
en posibilidad compartida
de quitarle un cerco de púas a la constitución soberana,
desde las tierras altas de Chiriquí
hasta las selvas del Darién.

Torrijos fue la flecha de Urracá que unió
la geografía de la patria con su destino.

Panamá ha nacido como república
y rompió la paradoja de ser sólo el Canal de Panamá
que nunca lo había poseído.

Astucia política y maestría diplomática:
No todo se recupera con el fusil,
tampoco se redime con la rodilla en tierra.

Torrijos, firma,
es la rúbrica de la soberanía del Anacahuite,
del deber de ser firme sin ser temerario
en el sombrío panorama latinoamericano de 1977
cuando el Cono Sur y Centroamérica se hundían
en la noche y pavor de las dictaduras.

Torrijos firmó en nombre de un mundo
que empezaba a rechazar
la humillación descarada de las potencias coloniales.

XX

Sonríe,
ve de frente,
la mirada espléndida:
Firma.

Y se convirtió en pura irradiación histórica
de vital encarnación perseverante,
la voluntad de un pueblo y su triunfo;
la prueba de que hasta los enclaves son derrotados
con tenacidad,
honor
y sabia lectura del tiempo.

Los peces y las mariposas circulan,
la tierra bebe de las selvas que acunan lluvias
y hacen cristales de rocío para seducir el sol
con filamentos de orquídeas
en miradas de ensueños de nación:
La abundancia va siendo una cercanía.

XXI

El 31 de julio de 1981,
la constelación que había guiado su destino
pareció diluirse en el cielo nublado de Cerro Marta.
pero en el universo de los símbolos,
la muerte no es declive,
sino una transmutación de la materia.

El hombre que cayó en aquella montaña remota
no desapareció;
su porte vital se transformó en otra forma de presencia:
una irradiación permanente
que dejó de pulsar en un pecho
para tañer en el corazón de la patria
y en la memoria de los pueblos que luchan.

La muerte lo devolvió, primero,
al silencio primordial
en el núcleo íntimo, lejos del estruendo del poder.

La noticia es vacío puro de la fragilidad mortal
no es la épica de la ausencia,
aunque pasó por el tamiz del dolor callado
de quienes saben
que la historia, al reclamar a sus hijos,
les arrebató la condición individual.

Volvió a ser

un hombre del interior,
ahora reintegrado al silencio del que provino
su felina presencia de albor, selva y sigilo.

Cerro Marta, en la geografía profunda de Coclé,
es su guardián final
en el vértice montañoso y húmedo
de Panamá secreta,
cerrando así el círculo telúrico
del niño nacido en el seno del territorio ancestral,
enigmático.

La montaña con su niebla perpetua,
es vientre y metáfora que preservan el misterio.

¿Accidente? ¿Traición? ¿Plan maestro?
Reagan en el poder y la Guerra Fría recalentada
en la retórica de la fuerza bruta.

Torrijos cesó de gobernar el presente
y comenzó su gobierno infinito sobre la memoria.

Dejó de ser un hombre para convertirse en un principio,
latido vivo,
pliegue en el tejido del tiempo
en la persistencia de la justicia y el bien común
donde se abraza
el verdadero encuentro con la vida
con la promesa
de que la semilla buena, germina.

Panamá, enero, 2026